

EL REGRESO

Te detendrás ante la puerta, impaciente por abrirla y emocionado por haber llegado. La puerta de siempre que te convida desinteresadamente a entrar; te reencontrarás con la oscura morada -de pretéritos tiempos añorados o malditamente detestables-, hogar que la necesidad te obligó a dejar años atrás.

Largo es el recuerdo.

Las entrañas doloridas de tanto batallar se enmarañarán juguetonas. El corazón volverá a latir con desenfreno incesante por el cúmulo desbordante de azarosas remembranzas. La sinrazón del desasosiego por el agolpamiento de vivencias que a borbotones florecerán al traspasar el umbral, harán retornar a la vida las paredes tanto tiempo en penumbra resucitando difuntas voces amorosas de queridos seres extinguidos. Abrirás puertas y ventanas aireando las estancias que, dormidas ahora, burbujearon de vida. La luz todo lo inundará acrisolando la entristecida atmósfera de apesadumbrada oscuridad, entrarás en la cocina y aparecerá imperturbable el hornillo de carbón que no utilizarás aunque te inundará el alma de ternura con aquellos aromas del pasado; recordarás a tu madre con su trajín de cucharas, tenedores y cuchillos que se chocan contra el fregadero, platos que se rozan, el rumor de cascada cuando vertías el vino en el vaso de tu padre, la olla burbujeante, todo en su conjunto convertido en un entrañable abrazo del hogar, en un nostálgico abrazo del ayer. Accederás a la alcoba donde viniste al mundo -tus hermanos después-, recorrerás el pasillo por donde gateabas y diste los primeros pasos, entrarás en la habitación donde balbuceaste tu primer papá, donde las primeras palabras brotaron, donde jugaste con aquella pelota de trapo, donde, cuando nacías a la consciencia de la vida, viste aparecer los primeros granos, donde urdiste tus primeras conquistas amorosas...

Desempaquetarás y colocarás todo lo que trajiste para pasar estos diez días; saldrás de nuevo al umbral y, hundiendo las manos en los bolsillos, echarás un vistazo arriba y abajo, inspirarás y colmarás tus pulmones con una extraordinaria bocanada de aire cálido de una mañana de septiembre en Segura que te hará alborozar estimulando, casi sin darte cuenta, una sonrisa sosegada. La antigua calle de humilde gris cambió hasta resplandecer, destellará aún cuando la claridad del día muera pues la única luz ya no será la de la tenue calígne de la bombilla pelada que colgaba del maltrecho y famélico brazo metálico. Saludarás a vecinos y gente que reencontrarás después de tanto tiempo; la emoción y la alegría propiciarán el brote de alguna que otra lagrimilla de felicidad por la comisura de los ojos. Abrazos. Abrazos que enternecerán el corazón, cálidos abrazos hechos para ser regalados a los amigos, abrazos untados de ternura y afecto, abrazos que destilan amor, abrazos que sustituyen a la palabra precisa cuando esta se nos resiste. Aligerarás la solemnidad del momento con una ráfaga de risa y alegría provocada por el encuentro de gentes que conformaron los días que pasaste en este tu querido pueblo.

Atrás quedó el adiós que inició tu ausencia, el adiós sellado en tu mejilla.

Con nostalgia infinita te acercarás a la Rivera, donde tanto aconteció en aquellos días pasados, harás reverdecer las Casas Altas, las Bajas, en tus recuerdos las revivirás con su bullicio y vocería. Despacio, sin excesivas prisas, caminarás por sus veredas, harás renacer los deliciosos olores a comida caliente, a garbanzos cocidos al calor del fuego crepitante mientras el humo de las chimeneas, con volutas zigzagueantes, se encaramaba hacia el cielo; el sol, el silencio, el aire de la mañana de primavera cargado de aromas de ardiente leña de encina y rocío. Te aproximarás hasta la orilla, la Rivera: un canal manso

que dibuja una amplia serpiente cristalina, parece susurrarte vivencias compartidas. La corriente en calma te mojará los pies y te hipnotizará con interminables recuerdos; dejarás de sentir el agua fría, perdido en las sensaciones de las caricias y los besos veniales robados a su vera hasta despertarte por la luminosidad de la luz de la luna reflejada en su espejo. Será una hermosa noche de luna llena y su claridad blanquecina contorneará las siluetas de la noche como un fino pincel argentado. Rememorarás arrobado aquel primer beso, aquellos sensuales labios que rozaron con delicadeza tu piel como si una mariposa, vulnerable a la vez que adorable, surgiera revoloteando de cualquiera de los dos encendidos corazones y te hubiera acariciado con sus suaves alas multicolores. Nunca antes te habías visto arrastrado por el deseo, poseído por este de manera tan absoluta que en esos momentos perdías el mundo de vista absorbiendo el asombroso espectáculo de su cuerpo.

Ya exhausto, después de la ajetreada jornada y de haberte dejado seducir con cada instante disfrutado, satisfecho, te dejarás caer rendido en la cama, y revivirás sensaciones placenteras: nada daba más paz que descansar en ese lecho junto a tu pequeño hijo dormido. Esa calma sosegaba todas tus preocupaciones; los resuellos, el aliento del chico envolvían, mientras te rendías embobado ante la contemplación de su diminuto cuerpo, todos los demonios en una niebla relajante.

A la mañana siguiente, otro día. Con el nacimiento de un nuevo sol empezarías vagando a paso lento, a pasear las calles del pueblo por donde cuando niño había peregrinado tu vida. Recorrer en silencio, aprender del silencio el verdadero valor de las palabras que emborronan el papel de la memoria con detalles, fragmentos, retazos de una vida que te dará la oportunidad de renacer y hacer de nuestra existencia, lo mejor en cada tiempo. El brillante resplandor del sol habría impregnado el dorado horizonte de Segura de felicidad y optimismo.

A partir de mañana, todo lo que aún resta hasta la vuelta, para disfrutar de las fiestas, de las Capeas que tanto has añorado.

No todos comparten la alegría y la pasión por volver, ni con tanta vehemencia ponen a funcionar el engranaje de la evocación para hacer rebrotar tiempos pasados. O sí; ocupan casi toda su memoria en no olvidar aquellos tiempos, no son capaces de postergar, de arrinconar ni omitir aquellos recuerdos. Aquellos fatídicos recuerdos, aciagos en sí mismos. Para estos otros, retornar a este pueblo, si es que alguna vez llegan a plantearse volver a la que fue su casa -cuando no se vieron abocados, con apremiante urgencia, a malvender sus míseras posesiones-, puede ser cada vez más sufrimiento; los recuerdos pueden lacerarnos con un angustioso y silente dolor. Demasiadas infaustas vivencias. Algunos hacen daño, puede que todos nos lesionen, sean crueles o quizá indulgentes y tiernos, pero en definitiva somos lo que los recuerdos han hecho de nosotros.

Las circunstancias que les obligaron a marchar fueron horriblemente atroces. Fue tanta la necesidad, el ahogo, la desnudez, ... Se hace impensable su olvido no habiendo lugar para la amnesia. Para algunos, aquellos lúgubres y siniestros momentos fueron tan terribles que no han dejado lugar al disfrute del instante de la vuelta sin resquemores ni reproches. Con gesto adusto y avara sonrisa, sintiendo una punzada de dolor en ese lugar indeterminado donde debería encontrarse el alma, llegan a pensar, están convencidos de que no existe aprecio hacia ellos en los que quedaron, consideran que no son valorados y con una fatua altanería, se visten de una dignidad inusitada pretendiendo el acaparamiento de este privilegio solamente para ellos -no suponéndolo en otros- impidiendo así una cálida y confortable relación; todo podría ser más sencillo: apreciar a

quien te valora y olvidar a quien te descuida. Así de simple. El inevitable éxodo del tiempo que todo lo destruye no pudo con esa triste y pesadosa amargura.

Tú, parido de vientre obrero, no debes lealtad servil a otra patria que no sea la que te vio nacer, nada les adeudas por el mero hecho de haberte acogido ofreciéndote una oportunidad que tu empobrecida tierra no te pudo conceder. Fueron tus manos infatigables y laboriosas las que todo te otorgaron, fue tu sudor y tu trabajo, no otra cosa. Fue tu brío, tu pundonor y tu esfuerzo los que te hicieron sobrevivir en ese mundo extraño, incierto y desconocido donde la lacerante soledad que te acompañaba día a día se hacía más insoportable cuando a malas ganas tolerabas la triste humillación de tropezar constantemente con almas para las que ni siquiera existes. Sólo debes estar obligado por un sentimiento de gratitud, considerando la oportunidad que te dispensaron y corresponder con una perdurable bonhomía y reconocimiento, pues si algo te dio, mucho más le devolviste; pero tu raíz, tu raigambre está en tu tierra, la de los tuyos, donde naciste, la que con tu sudor regaste, de la que tus manos se convirtieron en extensión, la que será tu destino definitivo.

No concedes gratuita e incondicionalmente el espíritu a codiciosas inmundas sabandijas pseudovisionarias, execrable cuadrilla vociferante y despreciable, que no pretenden tu bonancible futuro sino su mezquina y cicatera abundancia particular con una arrogante altanería concedida por su, habitualmente, ostensible falta de erudición; pues no es esta cualidad la que ellos valoran, sino el conocimiento de viciadas circunstancias ajenas, manipuladas, para más tarde, en el momento que más interese, utilizar; lo que les vale para trepar, reptar, de manera abyecta y miserable. En definitiva conocer, que no saber. Son éstos los que te quieren vender su burda patria electoral, sin pretender renunciar, por supuesto, a su lucrativo negocio dentro del circo que tienen urdido para vivir de los demás. Nos pretenden ungidos de una pátina de imbecilidad que sólo ellos, los que dividen y mienten, los que venden nuestros sueños, ellos, inmersos en la necedad más pertinaz y consumada, sólo ellos, pueden suponer.

Para todo hay excepciones. Honrosas excepciones.

Considéralo y no cedas la voluntad de tu alma envuelta en un voto a quien nada hizo por merecerlo; pues es el conocimiento reflexivo el que forma a un hombre, no lo que otros decidan por él.

Lo tuyo te costó: dejaste atrás familia, te separaste de amigos, tuviste que olvidar la estampa de los campos amarillos de mies madurando bajo el canicular sol de agosto, la era en Los Llanos con los aperos, el carro y las bestias, la zahúrda y el huerto, el trinar de los pájaros, el Castillo, el Monumento y el Cerro Gordo, los cántaros que iban y venían sobre la cabeza o el regazo desde la fuente de Santa María o la fuente del Caño, la cotidiana fraternidad y hasta los rencores, para encontrarte con una disforme mole de cemento e impersonal asfalto, si acaso con una ventanita al ajeno mar con barcas mecidas por las olas. Ya no tendrás la oportunidad de quedarte cautivado por los altos pinos que dejaban filtrar la luz del sol tamizando sus rayos mientras dibujaban lámparas doradas en el aterciopelado manto de la ladera donde te afanabas por encontrar niscalos; recorrer el monte y arañarte los nudillos mientras cortabas los camuflados espárragos; caminar entre olivos y encinares, pasear en primavera por un mar rojo de amapolas; no podrás recrearte en los balsámicos aromas a tierra mojada que acercaba el húmedo aire de tormenta, la fragancia del heno recién segado. Tanto, tanto que pagaste por conseguir el sueño, que no debes dejar pasar la oportunidad de aprovechar todo el sufrimiento, los agravios soportados, ni la tristeza de tener que obedecer lo que uno no hubiese querido, para verlo recompensado por la sabiduría.

Nadie pasa por la vida sin equivocarse, si acaso Dios, pero hemos de confiar en nosotros y en los otros, no olvidemos que somos los demás de los demás. Entre todos

tenemos la noble tarea de derribar muros, miedos y celos para poder seguir adelante en los nuevos tiempos que aún nos quedan por vivir; la fe y la esperanza mueren con el hombre. Ahora con más pasado albergado que futuro por disfrutar, no podemos asirnos lastimosamente al ayer ni a quejumbrosos recuerdos, no volvamos a rasgar la herida que ya cicatrizó, no reavivemos los desconuelos y daños antiguos. Lo que aconteció, sucedido está. Debemos armonizar las ilusiones, el empeño y la firmeza para encauzarlos a erigir una vida nueva encaminada hacia lo alto, mirar limpiamente de frente, sin volver la vista atrás si no es para revivir evocando con entrañable cariño y ternura a los seres amados que nos precedieron; orgullosos de ennoblecer su memoria.

Amigo, alégrate e ignora el tiempo añejo y lo que entoces hubo. Ya pasados los años no tienes que soportar el peso autoritario ni las urgentes y muchas carencias. Mañana, otro día y como el sol olvida la noche que pasó mientras se galantea felizmente obsequiándonos la vida, habremos de pasar página. Con un risueño desprezo, levantémonos, salgamos fuera para encarar el mañana con esperanzador optimismo.

Sólo dejaré de volver cuando el regreso definitivo haga que me envuelva en oscuridad, en hierba, en aire, en tierra, en flor que ya no podré ver ni oler, pues para entonces ya no podré sentir. La única evidencia definitiva es que todas las vidas tienen la certeza de la muerte. La muerte llegará en algún momento, en cualquier instante, tal vez en el momento justo, casi siempre inoportuna, pero llegará. Es lo único cierto; por ello desperdiciar la vida con disputas y disentimientos absurdos, es de una estupidez superlativa.

No quiero renunciar a la delicia del regreso. No quiero renunciar al deleite del reencuentro cuando mi corazón se detenga ante el vuestro y se fundan en un solo latido, en un único sonido acompasado haciéndome sentir no que he vuelto, sino que nunca me he ido. Desde mi interior aflorará una marea de bienestar en forma de voces y palabras hasta colmar los silencios en la frontera de vuestras bocas. Siempre regresar por los caminos de septiembre y redescubrir la sencillez de la llegada en la frontera del tiempo. Renacer en cada encuentro.

Remotos ya los tiempos de libros -que siempre fueron, ahora lo son, y siempre, constituirán el mejor antídoto contra la estupidez- y escuela, de zapatos rotos y calzones remendados, concluimos ahora en amigable y resposada charla mientras fabricamos nuevos recuerdos con vuestra presencia y mi voz, con mi alegría y vuestra palabra, para seguir escribiendo la novela de nuestras vidas en las páginas del tiempo.

Joaquín M. Garduño Chávez

Junio 2.015
